

ENTREVISTA

ENCUENTRO CON LA HISTORIA REGIONAL VENEZOLANA. ENTREVISTA CON EL DR. ARISTIDES MEDINA RUBIO

José Napoleón Guzmán Avila

En septiembre de 1992 se efectuó en la ciudad de Barquisimeto, Venezuela, el II Congreso Nacional de Historia Regional y Local, convocado por el Museo de Barquisimeto, la Universidad Pedagógica "El Libertador" (Instituto Pedagógico de Barquisimeto) y la revista *Tierra Firme*. No obstante que la reunión era a nivel nacional, la comisión organizadora tuvo a bien invitar a tres historiadores extranjeros: al cubano Hernán Venegas Delgado, que presentó las ponencias "La historiografía regional cubana: balance general y proyecciones" y "La región histórica. Nuevo acercamiento al concepto", así como a los investigadores de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Gerardo Sánchez Díaz, quien puso a consideración su trabajo "Movimientos y rebeliones indígenas en el occidente de México, siglos XVIII y XIX" y José Napoleón Guzmán Avila, que participó con el ensayo intitulado "Reflexiones en torno al desarrollo de la historia regional de México".

El acercamiento con los historiadores comenzó a darse desde 1991. En marzo de ese año se celebró en La Habana, Cuba, el Encuentro Trilateral de Historiadores de Cuba, México y Venezuela. Uno de los objetivos centrales de la reunión, que por cierto se verificó en la sede del Instituto de Historia de Cuba, fue procurar la renovación de los estudios históricos "en nuestros países y en el conjunto regional". En las mesas de trabajo siempre estuvo presente el tema de la historia regional, demostrándose que ésta forma parte de esa renovación que busca la historiografía latinoamericana.

En el transcurso del evento conocimos a los historiadores venezolanos -a Aristides Medina Rubio, Rutilio Ortega, Silvio Villegas, Jorge Bracho, Pedro Montiel, por citar algunos-, pudimos platicar e intercambiar opiniones y coincidir en anhelos y aspiraciones. En ese sentido, una de las conclusiones a que se llegó luego de las deliberaciones, fue que los historiadores latinoamericanos, en especial los jóvenes investigadores, encontraban serias dificultades para publicar sus trabajos. Lo anterior obedecía a que no existía una revista especializada que ofreciera espacios a las nuevas expresiones historiográficas.

Como resultado de ese reclamo nació la revista historiográfica *Nuestra Historia*, un esfuerzo mancomunado, así lo llamó Nydia Sarabia presidenta de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe sección Cuba, de historiadores cubanos, mexicanos y venezolanos. Uno de los compromisos que respaldamos los firmantes del documento constitutivo, fue “el de publicar trabajos históricos de enfoque regional, ya que éstos son imprescindibles para la conformación de las historias patrias nacionales”. Al momento de escribir estas líneas se han publicado dos números de la revista, y uno más está en proceso de edición.

En marzo de 1992, de nueva cuenta en La Habana, Cuba, y en el marco del Encuentro de Historiadores de América Latina y el Caribe, volvimos a encontrarnos con los compañeros venezolanos. En esa ocasión participamos en un magno evento académico que reunió a unos 400 ponentes aproximadamente. El tema de la historia regional pasó a segundo término, opacado entre otras cosas por discusiones metodológicas ya superadas, o por el impacto que sin duda causó la conmemoración del quinto centenario del Encuentro de Dos Mundos, o de la Conquista de América, como preferían denominarlo algunos historiadores. A pesar de todo, varios de los asistentes encontramos la forma de continuar con el análisis y la discusión de aspectos relacionados con la historia regional. En ese contexto es que se nos hizo la invitación para asistir al congreso de Barquisimeto.

En la cuatricentaria ciudad de Barquisimeto, capital del Estado de Lara, coincidieron profesores e investigadores vinculados a la historia regional y local. Según el programa elaborado, se presentaron 114 comunicaciones y ponencias, que discurrieron sobre las siguientes temáticas: una plenaria que centró su atención en la Problemática indígena actual; los simposium I y II en que se abordaron los apartados de Elites y Comercio; la mesa I que abarcó tres aspectos: Cuestiones indígenas, Antropología y afines

y Regiones históricas siglo XIX; la mesa II que retomó las Regiones históricas pero en el siglo XVIII; la mesa III que se orientó al siglo XX; la mesa IV en la que se trataron Archivos, Fuentes e Historiografía y la mesa V, que dedicó sus sesiones a la enseñanza de la historia.

Los tres días que duró el evento fueron intensos. Causó expectación la mesa que me tocó compartir con Hernán Venegas Delgado, debido a que los académicos venezolanos deseaban conocer con toda clase de detalles el desarrollo y los avatares de la historia regional en México y Cuba, respectivamente. Los problemas agrarios también fueron motivo de discusión, aunque en ocasiones éstos parecieron confundirse con aspectos étnicos. Los archivos y la necesidad impostergable de rescatarlos y organizarlos para su cabal aprovechamiento fue otro de los temas que captó la atención de los congresistas, habiéndose suscrito al final de la reunión un documento en defensa de los repositorios documentales. En cuanto a la enseñanza de la historia, fue uno de los apartados que suscitó mayor interés, al grado de que una de las preguntas que a menudo se nos hacía a los historiadores mexicanos era ¿qué pasa con los libros de texto de historia de México?. No faltaron tampoco ponencias que apenas sugerían temas de investigación, o que insistían en estudios hasta ese momento poco explorados.

Con Aristides Medina Rubio, autor del libro *La Iglesia y la producción agrícola en Puebla, 1540-1795* editado por El Colegio de México en 1983, hombre respetado y querido en el medio historiográfico venezolano, investigador del Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad Central de Venezuela, comenzamos a platicar de un buen número de temas. Nos encontramos con él en Caracas, en la sede del Instituto. Momentos antes de que ocurriera el encuentro, estuvimos con el Mtro. Gerardo Sánchez Díaz en las instalaciones de la Universidad, llegamos a la Escuela de Historia y recorrimos las librerías improvisadas en los pasillos de la Ciudad Universitaria.

En Barquisimeto, en casa de Luisa Rodríguez Marrufo, coordinadora del Congreso, charlamos ampliamente con los colegas venezolanos en vísperas del encuentro. Comentamos de la reciente participación en La Habana, de la revista *Nuestra Historia*, de la organización y los alcances del evento. Aristides con esa pasión que lo caracteriza nos habló de su estancia en México, de sus estudios en El Colegio de México, de sus maestros, de su cariño hacia los mexicanos. En una noche larense comenzamos una conversación bien interesante, como dicen los venezolanos.

El Congreso dio principio y nos envolvió en ese trajinar propio de una reunión de esta naturaleza. Conocimos a Germán Cardozo Galué, el autor de *Michoacán en el Siglo de las luces*; nos mencionó cómo había elaborado ese trabajo considerado como un clásico por los michoacanos, nos confió su deseo de regresar a Michoacán, expresó su satisfacción porque un joven historiador, Juvenal Jaramillo, se interesara por Pérez Calama.

Por las noches en las instalaciones del hotel Círculo Militar, donde convivíamos con militares y con frecuencia escuchábamos críticas acervas al régimen de Carlos Andrés Pérez, nos reuníamos los historiadores y repasábamos lo ocurrido en las mesas de trabajo. Nos preguntaban por la historia y los historiadores mexicanos y aprovechábamos la ocasión para intercambiar publicaciones.

El Congreso finalizó. En la plenaria se leyeron discursos y pronunciamientos, del mismo modo que se decidió la sede del próximo evento: Caracas. Regresamos a la capital y un lunes a temprana hora el Mtro. Sánchez Díaz y el que esto escribe, nos presentamos al Instituto de Estudios Hispanoamericanos para conversar con los investigadores de esa dependencia universitaria. Les hablamos de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, de las investigaciones que desarrollamos en el Instituto de Investigaciones Históricas, de nuestras publicaciones.

Después de desahogar otros compromisos arribamos al "cuartel general" de *Tierra Firme y Tropykos*. Aristides ha perdido el tono festivo y asume con toda formalidad la entrevista que se reproduce a continuación.

J.N.G.- Doctor, sabemos que hace algunos años varios historiadores venezolanos estudiaron en México, en El Colegio de México. ¿Podría hablarnos de esa etapa?

A.M.- Bueno, en Venezuela los estudios históricos profesionales los inició realmente Eduardo Arcila Farías que en 1946 egresó quizás de lo que fue la primera promoción de El Colegio de México. Cuando Arcila Farías regresó a Venezuela en plena época de Marcos Pérez Jiménez, en los años creo que cincuenta o cincuenta y uno; prácticamente no tuvo audiencia en el país, y se fue a trabajar a la biblioteca del Banco Central. Como hombre de mucha formación se dedicó también a actividades personales y continuó su investigación. Tanto es así que la tesis que presentó en México "La economía colonial en Venezuela", se publicó en ese país por el

Fondo de Cultura Económica en 1946, y se hizo en Venezuela hasta en la década de los setenta.

El segundo libro profesional de Arcila Farías como historiador, porque Arcila era un cuentista -escribía cuentos-, fue sobre la encomienda en Venezuela, seguramente estimulado por los estudios que él hizo en México con don Silvio Zavala, pero que en mi opinión son estudios mucho más pormenorizados que los de don Silvio Zavala, porque en este caso se refieren concretamente a la encomienda en Venezuela. Ese libro se publicó en España, no se publicó en Venezuela, lo dio a conocer la Escuela de Estudios Panamericanos en Sevilla en 1954.

De manera que cuando cae Pérez Jiménez en 1958, la Escuela de Historia apenas tenía dos o tres años de fundada, recién comenzaban los estudios históricos profesionales en Venezuela. Entonces el gran maestro era Arcila Farías y su gran magisterio le deviene precisamente de su paso por El Colegio de México. Hay que reconocerle también que en los años sesenta estimula en cierto modo que algún venezolano fuera a México a estudiar, a hacer doctorado en Historia.

El primero que salió de Venezuela a México a hacer estudios en El Colegio de México fue Luis Cipriano Rodríguez, que hoy es profesor en el Instituto de Estudios Panamericanos. Fue compañero de Alejandra Moreno Toscano y de Enrique Florescano. El se fue a México en la década de los sesenta, que fue la década más dura aquí en Venezuela en relación a la lucha guerrillera. Luis Cipriano era un hombre venido de las filas del movimiento cristiano, muy católico, sin embargo llegó a ser un gran reformador, un gran cuestionador, un gran activista de la lucha revolucionaria. Estando en México hubo algunos incidentes aquí con su familia, lo que lo obligó a regresar. Además, le tocó vivir en México lo de Tlatelolco, entonces su condición de hombre cuestionador vinculado a la guerrilla venezolana y sus relaciones en México con los sectores más revolucionarios, posiblemente precipitaron su salida de México sin haber concluido sus estudios.

A fines de la década de los sesenta se trasladó a México Elías Pino, él si concluyó su doctorado en El Colegio de México; regresó y se incorporó a la Universidad Central. Yo fui el cuarto de los que

fuimos, porque cuando yo llegué a México en el año setenta y uno, Germán Cardozo Galué estaba ya desde el año setenta. De manera que Luis Cipriano fue el primero después de Arcila Farías. Elías Pino fue el segundo -fue el primero que concluyó-, el tercero fue Germán Cardozo Galué en el año sesenta y nueve o setenta; yo me fui en el año setenta y uno. Así como yo tuve aquí de maestro a Arcila Farías y me orientó, y uno veía su calidad de maestro y lo relacionaba con El Colegio de México, Germán Cardozo tuvo como maestro a Agustín Millares Carlo, que también había estado en México, que era un gran bibliógrafo, un gran paleógrafo, un gran estudioso de la historia de América Latina. Agustín Millares Carlo fue quien estimuló a Germán Cardozo a que asistiera a El Colegio de México, lo mismo que a Rutilio Ortega González.

Cuando llegué a México en el año setenta y uno, Germán y Rutilio estaban haciendo su tesis; Germán la hacía sobre los obispos de Michoacán, el pensamiento ilustrado en Michoacán, y Rutilio en torno a el problema de la educación en la Baja California en un período más reciente. Por mi parte entré en contacto con Florescano y comencé a trabajar lo que se llamaba en aquel momento historia serial, o se sigue llamando historia serial, una expresión de historia económica. Sin embargo, en todas las conversaciones con Rutilio y Germán siempre pensábamos que estábamos haciendo un doctorado, ellos en historia de las ideas y yo en historia económica.

Al regresar a Venezuela, donde por cierto no llegamos con grande fortuna, sobre todo porque no nos permitieron hacer investigaciones, sino que nos cargaron de muchas horas de clase y muchas otras responsabilidades. Creo que fue ese el momento en que nos empezamos a dar cuenta, como ocurre normalmente, de que en México habíamos tenido muy buenos maestros. Recuerdo con gran propiedad a Enrique Florescano porque fue un gran maestro, pero también a Alejandra Moreno Toscano; guardo un gran cariño a Luis González y González; recuerdo a Jan Bazant, a Moisés González Navarro, a Josefina Vázquez y a María del Carmen Vázquez. Germán debe recordar además de todos estos a Andrés Lira y Rutilio a otros maestros que no me dieron clase a mí, o en cuyos seminarios no trabajé.

Al encontrarnos ya en Venezuela es que me dí cuenta que efectivamente había hecho un doctorado en historia económica. Al estudiar los diezmos en Puebla, había realizado historia serial, aplicada a una región concreta. Lo que más trabajo me dio fue cómo reducir un obispado que comenzaba en el Golfo de México y terminaba en el Pacífico; cómo reducirlo a lo que lo llamé después el altiplano poblano-tlaxcalteca. Eso me obligó a hacer estudios de regiones y de espacios.

En Venezuela con mis credenciales y todo, trabajando en el Instituto Pedagógico y en la Universidad Central, como en el año setenta y seis o setenta y siete, fue cuando comenzamos a hablar de historia regional y de historia local. Convertimos a Luis González y González en el gran adalid de nuestro trabajo, y es justo reconocer que quienes iniciaron esto fueron Germán Cardozo y Rutilio Ortega, porque ellos movidos por el regionalismo de los zualinos, de la gente de Zulia, fueron los primeros que se plantearon hacer la historia de Zulia, y claro yo los acompañé desde el principio y por eso siempre se nos ha identificado como una especie de trilogía iniciadora de los estudios históricos regionales en Venezuela.

J.N.G.- Cuando usted llegó a México, según nos ha comentado, tuvo que trasladarse a la ciudad de Morelia, en busca de alguno de sus maestros. ¿Qué recuerdos tiene de la ciudad de Morelia?

A.M.- Efectivamente, mi amistad con Cardozo comenzó de manera epistolar. Al ser aceptado en El Colegio de México, recibí la carta de aceptación firmada por Luis González; conservo esa carta que tiene cerca de veinticinco años. Poquitos días después de la carta de aceptación recibí otra de Germán Cardozo, en la que se me ponía a la orden y me decía que había tenido conocimiento de mi aceptación en El Colegio de México, y de que iba recomendado por Arcila Farías. Me indicaba que lo buscara al llegar a México, me daba su dirección y su teléfono. Le escribí inmediatamente y le dí la fecha en que yo me iba; creo que me fui a México a fines del mes de junio de 1971.

Cardozo me había dado las señas de un hotel, creo que se llamaba hotel Roosevelt, en la avenida Insurgentes, muy cerca del Colegio de México, que quedaba en esa época en la colonia Roma.

Allí me alojé y desde ese sitio llamé a Germán; desde ese día comenzamos una amistad muy provechosa para los dos, muy cordial, muy respetuosa, muy sentida, y Germán fue digamos, mi gran attache en la ciudad de México. Al día siguiente, porque creo que llegué un día domingo, me presenté al Colegio. Luis González me dijo que se me había asignado como tutor a Enrique Florescano que en ese momento estaba en Michoacán haciendo un trabajo de investigación conjunto con alumnos suyos; que si quería lo podía esperar hasta septiembre, o que si no podía dirigirme a Morelia. Me trasladé a Morelia, me resultó una ciudad encantadora; me fui en tren por recomendación de Germán, no me fui en camión, sino en tren; un viaje exquisito.

Morelia me impresionó mucho porque yo había viajado en tren aquí en Venezuela, pero los trenes en Venezuela desaparecieron en la década de los cincuenta, de manera que fue un viaje exquisito. Salí de noche y amanecí en Morelia, recuerdo muy bien que cuando el tren se acercaba a Morelia pusieron una música muy agradable. Llegué a Morelia y me instalé en un hotel cercano al viejo acueducto que se llama Hotel Acueducto, y que debió ser en aquel momento un hotel de mucho prestigio porque no sé si esto que voy a decir será comprensible en México, pero era un hotel que tenía papelería; era un hotel donde yo tenía en la habitación un buró, un escritorio como decimos aquí, y en el escritorio había sobres y papel con membrete del hotel, que era por cierto una bella imagen del acueducto de Morelia. Allí hice mi primera carta desde México para mi mujer y mi familia; también escribí a mis amigos.

Al día siguiente fui a buscar a Florescano, que efectivamente estaba con un grupo como de quince o veinte alumnos de la ciudad de México. Estaban haciendo investigaciones en un archivo que me parecía en ese momento estaba como iniciando sus funciones; era un archivo donde había gran cantidad de papeles, muy continuos, series muy continuas sobre diezmos. Recuerdo que mi primera entrevista con Florescano fue caminando alrededor del zócalo de Morelia. Después de preguntarme por Arcila Farías y por Brito Figueroa y por la situación de Venezuela, me preguntó cuáles eran mis intenciones, qué cosa quería yo trabajar en México.

Por supuesto que cuando llegué a México ya tenía una cierta experiencia en investigación histórica, por lo menos seis o siete años trabajando sobre propiedad territorial. Habíamos trabajado mucho sobre formación agraria, formación de haciendas; me tocó colaborar con Arcila y con Brito. De manera que me sentía muy bien formado sobre problemas agrarios, medidas y relaciones de producción. Le dije a Florescano que quería trabajar sobre estructuras agrarias, latifundios y formación de la propiedad. El me contestó en ese momento: mire, ese es un tema que sí fue muy interesante, pero que en México ya lo hemos trabajado muchísimo, no digo que esté agotado, dijo Florescano, pero creo que hay temas más prioritarios, más importantes, que llaman la atención de los historiadores con más premura. De manera que si usted va a trabajar propiedad territorial agraria habría que buscar otro maestro porque yo ahora -recién había regresado de Francia con el doctorado- estoy interesado en otro tipo de problemas.

Se atrevió a preguntarme si tenía otro tema previsto, y medio en mi ingenuidad le dije que sí. Efectivamente tenía un segundo tema que tenía que ver con el petróleo, que desde luego en Venezuela es un tema muy importante. Al respecto Florescano me resolvió más rápido: si usted va a estudiar problemas de historia del petróleo váyase a los Estados Unidos, en el Departamento de Estado encontrará toda la documentación, no creo que aquí en México vaya a encontrar nada. A pesar de lo anterior Florescano me vió seguramente la intención de querer hacer mi doctorado en El Colegio de México y entonces me expresó: mire estoy trabajando sobre historia serial, nos interesan mucho los problemas agrarios, producción, fluctuaciones y crisis en el campo, si a usted le interesa...

Por supuesto que me interesé. Permanecí en Michoacán, en Morelia, unos ocho o diez días, intercambiando opiniones con Florescano y sus alumnos, viendo los papeles de diezmo. Alguna experiencia tenía en lectura de documentos de los siglos XVI y XVII, circunstancia que aproveché, además de conocer algunas otras localidades cercanas a Morelia. Bueno, ese fue mi encuentro con los maestros y mi primer recuerdo de la ciudad de Morelia. En

esa ocasión además de haber visto a Germán Cardozo, que también estaba haciendo sus investigaciones sobre Pérez Calama y la Ilustración en Michoacán, pude conocer a otro venezolano, médico, casado con una michoacana, que también me resultó un hombre de gran solidaridad durante mi permanencia en México, y no solamente eso, sino que después de esos años hemos permanecido muy amigos, incluso nos hicimos compadres -en México el compadrazgo es un nexo muy fuerte; mi compadre y yo nos respetamos más que todo el mundo, nos sentimos hermanos realmente. De manera que mi primera estadía en Michoacán fue muy hermosa, muy bella. Unos ocho días después regresé a México, ya tenía apartamento en la colonia Nápoles donde me instalé. Había establecido una relación cordial con Germán Cardozo, y con este médico venezolano llamado Nelson Martínez. A partir de ese momento comenzó mi trabajo en El Colegio de México.

J.N.G.- Después de esa plática que tuvo con Enrique Florescano, ¿de dónde surgió entonces la idea de trabajar sobre Puebla?

A.M.- Muy interesante la pregunta, porque hace tantos años que hice el doctorado que hay pequeños incidentes que se me olvidan, o que pareciera que salieran de mi memoria, pero no es así. Me convencí rápidamente de lo que dijo Florescano. Para esas fechas ya había comprado los primeros dos libros de Florescano, lo que había sido su tesis doctoral en Francia y un pequeño opúsculo. Entonces me di cuenta de qué era lo que trabajaba Florescano, me entusiasmé mucho. Al conversar con él en Morelia, pudo percatarse de que yo estaba ganado para trabajar sobre los diezmos. Por esa razón me dijo: mire, sobre los diezmos en Michoacán no cabe usted porque ya tengo aquí un grupo, pero en México hay muchos otros lugares donde hay papeles de diezmo, vamos a empezar a buscar.

Comencé lo que llamo un periplo mexicano por algunas ciudades; estuve en Guadalajara, Oaxaca, Veracruz y en algunas otras ciudades del centro de México; no recuerdo si Querétaro. Por supuesto estuve con mucha dedicación en el Archivo General de la Nación, en el Archivo de Micropelículas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y en esa búsqueda llegué a la conclusión muy pronto de que el único lugar donde había documentación con

continuidad, con posibilidades de seriación era en Puebla, y luego en los archivos microfilmados.

Así empezó una especie de caminar: buscando papeles. Cada vez que terminaba una etapa presentaba mi informe a Florescano, así lo hice en varias ciudades hasta que él mismo me dijo: mire vamos a insistir con Puebla, que es lo mejor. Pero en Puebla teníamos un problema: los papeles del diezmo estaban en la iglesia, guardados muy celosamente por el Cabildo Metropolitano. El cronista de Puebla que no era Enrique Cordero y Torres sino un señor de apellido Marín, tenía algún vínculo con Florescano, con ese señor fue que logramos un acuerdo: una conversación con el dean del Cabildo Metropolitano. Entre las cosas que tengo que agradecerle a Florescano es que él fue conmigo a Puebla varias veces para adelantar las gestiones a fin de que me autorizaran consultar el archivo. Estoy igualmente agradecido con los historiadores mexicanos y con las autoridades eclesiásticas que me permitieron franquear ese archivo, porque ese acervo era verdaderamente rico, en ese momento lo habían consultado muy pocas personas, incluso algunas habían cometido el sacrilegio de robarse documentos y esa era una desventaja para mí. En mi caso tal vez me salvó mi condición de extranjero, quizás el dean metropolitano y el Cabildo General vio en mi condición de venezolano una posibilidad menos peligrosa.

J.N.G.- A su regreso a Venezuela nos ha expresado que tuvo algunas dificultades para poder incorporarse de nueva cuenta a sus actividades. Incluso no conocía usted muy bien los alcances del posgrado que había realizado en México. En términos generales ¿De qué manera se integraron una vez más los compañeros venezolanos al trabajo cotidiano?, ¿En qué universidades encontraron acomodo? Quisiéramos conocer un poco ese proceso.

A.M.- La pregunta es bien interesante, porque la experiencia de México es tan rica para nosotros, que yo le podría decir que hoy en día en Venezuela es posible un congreso como éste, en el que acaban ustedes de participar, porque los historiadores que nos hicimos en México nos vinculamos entre sí y constituimos una red. Aquí no existe colegio de historiadores ni asociación de historiadores, no la

hemos podido fundar. Sin embargo, los historiadores que estudiamos en México y que nos hermanamos con estudios de regiones y localidades, fuimos los que empezamos a manejar la posibilidad de reunirnos; nosotros hemos logrado vincular a las universidades con mucho mayor fuerza que si se lo hubiesen propuesto las instituciones o las jerarquías universitarias propiamente dichas. Esa vinculación es un poco inconsciente, porque estoy seguro que ninguno de los maestros mexicanos nos planteó a nosotros la posibilidad o la responsabilidad de que nos mantuviésemos unidos, simplemente nos sentimos como hermanados y cuando regresamos a Venezuela nos llamábamos por teléfono, nos reuníamos, hacíamos grandes esfuerzos por no perder contacto; Germán Cardozo y Rutilio Ortega estaban en Zulia, yo en Caracas, pero aún así nos manteníamos unidos.

Un problema al que nos tuvimos que enfrentar a nuestro regreso fue que no se tenía una concepción adecuada del investigador, de manera que uno llegaba a su país y lo primero que hacían era cargarlo de horas en la docencia. Pero claro cuando un profesor tiene veinte horas de clase no tiene tiempo de ir a un archivo, de ir a una biblioteca, de sentarse a escribir; nosotros sacamos tiempo para hacer nuestras primeras investigaciones.

La otra cosa era el apoyo económico, por ejemplo para viajar; no digo ni siquiera al exterior, simplemente para trasladarnos a Maracaibo; para que Germán Cardozo viajara de Maracaibo a Caracas era verdaderamente una odisea para que le dieran un boleto y tómesese en cuenta que en aquellos tiempos los sueldos eran mucho más restringidos, no era fácil que con el salario que uno ganaba pudiera financiarse un viaje a Caracas o Maracaibo. Sin embargo, nosotros trabajábamos con un gran entusiasmo, creo que eso es lo que ha garantizado que los historiadores regionales nos hayamos mantenido unidos y logrado lo que no ha logrado aquí ningún otro grupo de historiadores.

J.N.G.- La primera oportunidad que tuvimos en México y en particular en Michoacán, de conocer a los historiadores venezolanos, fue a partir de las publicaciones de El Colegio de México. Llegó a nuestras manos, por ejemplo, el estudio de Germán Cardozo

Galué, que había trabajado sobre una temática michoacana. Pero hay otro detalle importante: la revista Tierra Firme, que conocimos por medio de una compañera universitaria egresada de la Escuela de Historia, la compañera Guadalupe Cedeño Peguero, quien nos ofreció una suscripción. ¿Cómo comenzó Tierra Firme?

A.M.- Esa es otra experiencia que tiene que ver mucho con México. La revista *Tierra Firme*, es en el fondo una iniciativa de un pequeño grupo de historiadores. A raíz de mi regreso a Venezuela estaba tan convencido de que mi doctorado había sido en historia económica, que me propuse hacer una revista que llevaba el título de revista de historia económica y social; teníamos el diseño, los artículos y las corresponsalías en algunos países. Se habían establecido vínculos con historiadores de varios países, en México con Florescano y Enrique Semo, en la Unión Soviética, ahora ex Unión Soviética, en Cuba, en Argentina; teníamos el propósito de publicar esta revista. Sin embargo esta revista como tantos otros proyectos que se hacen en todas partes del mundo, no fructificó. La revista no pasó de los papeles mecanografiados, no llegó ni siquiera a consolidarse el proyecto del primer número.

Después de ese intento, en el que me acompañan Carlos Panisa y Manuel Rodríguez Campos, hubo un segundo intento al que se integraron entonces Pedro Calzadilla y Carlos Viso Carpintero, ya el movimiento editorial regional había tomado cuerpo; nos proponíamos hacer una revista exclusivamente de historia regional, la idea era preparar un pequeño folleto que quizá en aquel momento sería como fue el primer número de *Tzintzun*, un pequeño y discreto folleto dedicado nada más a la historia regional. Sin embargo, pronto nos dimos cuenta que había pocas cosas de historia regional, lo que nos obligó a que la publicación se denominara *Tierra Firme*, revista de historia y ciencias sociales, porque era la única manera de lograr suficientes artículos como para editar un número.

Tierra Firme nació realmente por la iniciativa de Carlos Viso, Pedro Calzadilla, Manuel Rodríguez Campos, Nelson Paredes, Germán Cardozo, Rutilio Ortega y yo. Luego se fueron

agregando otras personas y desde luego ya para ese momento tanto Cardozo como yo teníamos discípulos en todo el país que se convirtieron en nuestros corresponsales. Así apareció *Tierra Firme*, como una iniciativa personal de un pequeño grupo. Le puedo decir más: que a pesar de que el grupo lo integrábamos unas siete u ocho personas, la edición del primer número de *Tierra Firme* la costeamos únicamente cuatro de nosotros; fundamos una especie de compañía, la registramos y recogimos entre los cuatro 14 mil bolívares, con eso pagamos el primer número, que creo que tenía 40 o 72 páginas. A partir de allí nos hemos mantenido con una gran continuidad, nunca hemos publicado un número soldado, esos que dicen 2-3; a veces nos retrasamos por algunas dificultades, pero siempre estamos publicando la revista, y me parece que recogemos lo más importante del movimiento historiográfico venezolano.

En *Tierra Firme*, prácticamente está representada la historiografía venezolana desde sus expresiones más elevadas y más sublimes hasta sus expresiones más nuevas, más recientes, incluso si se quiere menos desarrolladas, porque nosotros hemos dado cabida a autoridades como Arcila Farías o Armando Córdova, pero también a jóvenes como Jorge Bracho que hacen sus pininos en esta revista.

J.N.G.- *En la actualidad, ¿Tierra Firme recibe presupuesto o apoyo de otro tipo por parte de las autoridades universitarias, o de alguna institución en particular?*

A.M.- Es importante que lo sepan los compañeros historiadores de cualquier latitud. *Tierra Firme*, a pesar de que estamos a punto de publicar el número 38, con el que nos pondremos al día, no tiene apoyo de ninguna institución gubernamental; hemos tenido algunas solidaridades de ciertas instituciones, por ejemplo: en una oportunidad el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas del país nos dio diez mil bolívares, que en aquel momento era equivalente a unos 600 dólares, pero sólo fue una ayuda ocasional. Por cierto que el costo de la revista en ese entonces era de aproximadamente cuarenta mil bolívares. En ocasiones algunos organismos gremiales nos han ayudado en el sentido de que nos mantienen pauta publicitaria, no es mucho porque nuestra revista

no es comercial; el aviso de una corporación no lo ven sino unas dos mil personas porque el tiraje es muy discreto. De manera que la revista circula por el esfuerzo que hacen nuestros corresponsales y amigos, y nosotros la vendemos en librerías. Ha sido un esfuerzo titánico pero pienso que si logramos arribar hasta el número 37 sin tener ayuda, me parece que no vamos a desaparecer. Además, tengo la convicción de que el Estado no puede llegar a tal grado de indolencia, sus organismos de cultura no pueden ser tan indiferentes, que nos vean llegar hasta el número 37 o 38 y no se decidan a ayudarnos. Nosotros no hemos sido unos detractores de la cultura venezolana, tampoco cuestionadores del orden digamos académico del país; somos simplemente investigadores del campo de la historia. Por último, es bueno que se sepa que no tenemos ayuda, no porque no la hayamos pedido, la hemos solicitado año tras año y nunca nos la dan, incluso la mayoría de las veces ni siquiera nos responden la comunicación.

J.N.G.- *Lo que sorprende en este caso doctor es que además de afrontar tantos problemas para sacar **Tierra Firme**, se ha echado a cuestras otros proyectos no menos importantes. Hemos sido testigos en estos días del esfuerzo que hacen para editar diversos materiales bibliográficos que versan sobre teoría y métodos de la historia, enseñanza de la historia, trabajos clásicos de la historiografía venezolana. En principio queremos felicitarlo por la gran cantidad de publicaciones que ha impulsado. Al margen de esto todavía emprende usted de manera decisiva la publicación como coeditor de una revista más a nivel latinoamericano, **Nuestra Historia**; una revista que nace en La Habana, Cuba, a partir de un compromiso latinoamericano compartido por compañeros de México, Venezuela y Cuba. ¿Qué opinión le merece este nuevo proyecto editorial?*

A.M.- Antes de responderle acerca de *Nuestra Historia*, le quiero comentar, porque también puede ser útil para los jóvenes historiadores mexicanos y michoacanos en particular; nuestra experiencia. Cuando editamos el número 4 de *Tierra Firme*, que fue cuando cumplimos un año, nos dimos cuenta que el esfuerzo era muy grande. No teníamos dinero, cada vez que salía la revista hacíamos

una colecta para poder financiarla. Se nos ocurrió entonces convocar a una reunión en Caracas a todos los miembros del consejo de redacción, a nuestros alumnos, colegas y compañeros que fungían de corresponsales en algunas ciudades del interior; si usted ve los números 4 y 5 se dará cuenta que los corresponsales eran unos ocho o diez, no más. Nos reunimos en Caracas y les planteamos el problema y a alguno de ellos, creo que fue Nelson Paredes o Pedro Calzadilla, se le ocurrió que fundáramos una editorial. Seguramente hicimos referencia a la experiencia de *El Trimestre Económico*, aquella revista del Fondo de Cultura Económica; decíamos, si el Fondo de Cultura Económica puede financiar una revista, nosotros vamos a fundar una editorial que sea capaz de financiar *Tierra Firme*.

Después de 10 años el Fondo Editorial Tropykos no ha podido financiar totalmente *Tierra Firme*, pero no hay duda que ayuda. Tropykos nació en 1984, con unos 60 profesores; llamamos a nuestros amigos, les planteamos el problema y reunimos un pequeño capital, una cosa mínima: sesenta mil bolívares. La suma era insignificante pero con sesenta mil bolívares fundamos la editorial y publicamos los dos primeros libros. Entre 1984 y 1992 hemos publicado aproximadamente unos 140 libros. Hay otro motivo de satisfacción. En ese momento había una gran cantidad de investigaciones en las universidades: los trabajos de ascenso de los profesores, las tesis de nuestros compañeros que no se publicaban porque no había recursos en las universidades, pero que comenzaban a circular en copias mimeografiadas. Nosotros consideramos que ese era nuestro medio, nuestro mercado, y esos fueron los libros que comenzamos a publicar. Afortunadamente hemos podido sobrevivir.

En relación a *Nuestra Historia*, ésta surgió con un gran entusiasmo; seguramente nosotros de algún modo contagiarnos a los compañeros de la posibilidad de éxito de la revista, de la seguridad de que la podíamos hacer, incluso mucha gente nos ofreció ayuda. A estas alturas, en septiembre de 1992, cuando la revista tiene en circulación dos números, las únicas personas que han hecho posible la existencia de la revista son los compañeros del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad

Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, los compañeros cubanos de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe y nosotros en *Tierra Firme*.

Ahora bien, hemos tenido que sortear muchas dificultades, por ejemplo: los dos primeros números, los emplanes, los textos, todo el arte tipográfico se hizo en Cuba, y la impresión en Venezuela. De manera que nosotros hemos recibido la revista tal cual como se publica, aquí sólo hemos hecho la impresión. El número tres ya lo hemos hecho aquí, pero también bajo mucha presión, con seguridad ustedes lo van a tener muy pronto allá en Michoacán, pero a partir del número cuatro la revista va a mejorar sustancialmente. La revista va a entrar en una nueva perspectiva: va a consolidar sus reseñas, a depurar un poco el consejo editorial; deberá convertirse verdaderamente en una revista representativa de la historiografía de América Latina.

J.N.G.- *De nuevo sobre la temática de la historia regional, sobre todo a propósito del congreso que se acaba de celebrar en Barquisimeto. En el transcurso de las sesiones pudimos advertir que la historia regional ha arraigado en Venezuela. ¿Nos podría hacer un balance del estado actual que guarda la historia regional en Venezuela?*

A.M.- La historia regional se adueñó del panorama historiográfico venezolano. Es decir, en Venezuela había un movimiento muy contundente con relación a la historia económica y la historia política, y lo sigue habiendo, pero en este momento el grupo de investigadores más consolidado es el que se ocupa de cuestiones regionales y locales. Ahora bien, ¿dónde estamos?, esta es una cuestión bien importante. A diferencia de los otros historiadores nosotros estamos en todo el país; los historiadores regionales nos encontramos en todas las universidades, en todas las instituciones de educación superior del país, en los centros de investigación histórica. Hemos estimulado como nadie en Venezuela la investigación histórica profesional, además hemos propiciado el acercamiento de investigadores que provenientes de otras áreas llegan a formularse la necesidad impostergable de hacer investigación histórica. Por eso entre nosotros usted puede encontrar ingenieros, agrónomos,

abogados, antropólogos, gran cantidad de etnólogos y geógrafos; hemos conformado un concierto muy grande.

Los historiadores regionales somos los únicos historiadores profesionales que hemos tenido el valor de poner en un momento dado en duda nuestro estatuto teórico; nos hemos preguntado en alguno de los congresos, creo que fue en el sexto coloquio en 1986, qué entendemos por región histórica. Se inició así una discusión con los geógrafos, los urbanistas y entre los propios historiadores sobre el concepto de región histórica. De igual manera el trabajo de los historiadores regionales, que lo hemos ido recogiendo en la revista *Tierra Firme*, ha permitido, por ejemplo, que una especialista en epistemología haya escrito un artículo muy contundente en torno a lo que ella llama una nueva ciencia: la geohistoria, concepto que viene de los geógrafos, pero que en el fondo es el trabajo de los historiadores regionales. De manera pues, que siento que como historiador regional y local estoy inmerso dentro del grupo más contundente del país, el grupo que más trabaja, el que más se reúne, el que más construye.

J.N.G.- *A medida que conocíamos a compañeros historiadores de distintas regiones de Venezuela, nos dábamos cuenta también de una labor importante que se viene realizando en regiones como Maracaibo y Los Andes, por citar algunos casos. ¿Qué comentarios nos puede hacer al respecto?, ¿cómo se trabaja en otras zonas del país?*

A.M.- Sin duda, el grupo institucionalmente más consolidado, el de mejor formación, es el de Zulia, que encabezan Germán Cardozo y Belín Vázquez. En ese grupo están también Rutilio Ortega e Iliana Parra. Ellos tienen una formación profesional muy cuidada, y se mantienen dentro de los parámetros de lo que son los estudios regionales. No obstante, es un grupo restringido, en cuanto a que son sólo ellos en la Universidad de Zulia. En Caracas, por el contrario, el grupo no es tan homogéneo; no hay un grupo únicamente, la gente de la UPEL, o sea el Pedagógico de Caracas, tiene proyectos de investigación muy serios. En la Universidad, lo vieron hoy, existen grupos de investigación consistentes, y en las universidades privadas de Caracas -la Universidad Santa María, la Católica, la José

María Vargas- se realiza investigación, aún en instituciones menos conocidas hay individualidades que acompañados por tres o cuatro alumnos o asistentes, están elaborando investigaciones. Los historiadores de Zulia parecen como los más consolidados, aunque hay grupos de investigación prácticamente en todo el país. En Barquisimeto donde nos acabamos de reunir, hay un grupo bastante serio, bastante contundente, lo mismo ocurre en la región oriental del país en Cumará, en Carupa donde hay trabajadores bien consistentes, y además con mucha coherencia y continuidad.

J.N.G.- En este Segundo Congreso Nacional de Historia Regional y Local, se hablaba de que con anterioridad se habían celebrado coloquios, y que éstos tuvieron una gran tradición. ¿De qué manera los coloquios dieron paso a los congresos nacionales?

A.M.- La gente del Zulia fue la que inició los coloquios. El primer coloquio de historia regional lo convocó Germán Cardozo en Maracaibo, y lo llamamos coloquio, pero en buena ley asistimos como cinco personas. Los participantes fuimos Germán Cardozo, Rutilio Ortega, José Manuel Briseño, que murió recientemente, otro profesor que ahora no recuerdo su nombre, y yo. De manera que llamamos coloquio a una reunión de cinco personas que nos interesábamos por las cosas regionales y locales. Luego hicimos un coloquio en Mérida y más tarde en Valencia, siempre muy reducidos. El primer coloquio contundente se hizo en Maracaibo, fue el cuarto coloquio de historia regional, ese se verificó en Maracaibo en el marco de las Primeras Jornadas de Investigación, en esa oportunidad discutimos 14 ponencias y se imprimió la primera memoria. La memoria está recogida en el número 10 de *Tierra Firme*.

Los coloquios convertidos en anuales, se sucedieron: Maracaibo, Coro, Caracas, luego otra vez en Maracaibo, y finalmente en Carupano. En este último coloquio el número de ponencias pasó de las 120. El número de ponencias y la calidad de las mismas fueron las razones que llevaron a que Betil Nava o Belín Vázquez, no recuerdo cual de ellas dos, propusiera que convirtiéramos los coloquios en congresos, para que así diéramos cabida a una organización más plural, es decir que cupieran los simposios,

las plenarias, etc. De manera que hemos venido creciendo desde el punto de vista cuantitativo, y desde el punto de vista cualitativo.

J.N.G.- *En el congreso se ha hecho mucho énfasis en ciertas temáticas. El primer asunto tiene que ver con la metodología; se ha insistido acerca de la necesidad de definir lo que es una región histórica, también en precisar los alcances metodológicos de la historia regional. ¿Qué opinión tiene sobre este punto?*

A.M.- Efectivamente, nosotros en el año de 1986, nos propusimos la discusión sobre la noción de región histórica, antes Germán Cardozo y yo habíamos publicado algunos trabajos de naturaleza teórica, como definiendo cual es el espacio de la historia regional. Nos apoyamos fundamentalmente en Luis González, tal vez en algunas cosas de Marc Bloch y en otros franceses. Recurrimos a la geografía también por supuesto en los franceses, que habían hecho trabajos sobre espacio, en el entendido de que este último está ocupado por el hombre; un poco la idea de que la historia es el hombre, pero el hombre en un espacio concreto. En torno a esta temática convocamos a los especialistas venezolanos más contundentes, más importantes, el resultado de esa discusión lo recogimos en un libro llamado *La región histórica*. Cuando me hacías la pregunta yo recordaba que en una de las mesas, en donde estaba con Germán, hubo la intervención de un alumno que se planteaba algunas dudas sobre la región histórica, y Germán a modo de comentario me decía: otra vez sobre la región histórica. Es decir, un poco la idea que para algunos de nosotros ya era un problema resuelto, pero desde luego hay gente que se va acercando, y cuando comienza a hacer su trabajo hay un momento que siente una crisis teórica, y empieza a buscar lo de región histórica. Pero creo que en Venezuela ahorita el campo es fundamentalmente de trabajo empírico, pues la gente tiene que meterse a los documentos para ir configurando lo demás.

J.N.G.- *Un segundo punto que ha preocupado a los asistentes es el referente a la enseñanza de la historia. Un buen número de ponencias versan sobre la enseñanza de la historia. ¿De dónde surge ese interés por la temática antes citada?*

A.M.- La importancia que tomó ese capítulo en el congreso está en relación con el número de profesores que participó; hubo muchas personas que trabajan en la enseñanza, y entonces ellos sesgaron el congreso hacia allá. De cualquier manera siempre hemos tenido el cuidado de tener una mesa, un capítulo, un simposium sobre problemas de la enseñanza, porque ese es un problema que preocupa desde la enseñanza primaria, y ha sido un problema tradicionalmente descuidado en Venezuela. Si ustedes han visitado librerías pudieron darse cuenta de que la literatura venezolana sobre didáctica, sobre enseñanza de la historia, es mínima.

En México existe una tradición, hay una vieja data en esto de escribir y discutir sobre problemas de la enseñanza de la historia, entre nosotros no, aquí tenemos una crisis sobre problemas de la enseñanza de la historia, lo mismo que carecemos de profesores para especializar la enseñanza de la historia. De manera que nosotros acogemos con beneplácito esa preocupación, aunque sabemos que nos saca un poco del problema propiamente de investigación, pero consideramos que es algo que no podemos descuidar, porque es el multiplicador que nos va a garantizar en el futuro mayores éxitos en la historia regional.

J.N.G.- *En relación a los archivos. En la plenaria del congreso se elevó un documento en el que se enfatizaba en la necesidad de recuperar los acervos documentales, incluso en una mesa que me correspondió moderar tuve la oportunidad de escuchar varias ponencias de los compañeros de Mérida sobre la temática de los archivos. Me sorprendió que las principales reivindicaciones en esta materia estuvieran encabezadas por historiadores de una región específica, como es el caso de Mérida. ¿Cuál es la problemática que enfrentan actualmente los archivos a nivel nacional? y ¿por qué es precisamente Mérida, la que encabeza esta lucha por reivindicar el uso y aprovechamiento de los archivos?*

A.M.- En relación a la primera parte, creo que es bastante conocido el descuido de los gobiernos latinoamericanos por sus archivos históricos, eso lo he visto en muchos países. Me tocó vivir en México en la época de la recuperación de algunos archivos;

imagínese todas las cosas, las publicaciones del Archivo General de la Nación, el desarrollo de los archivos regionales. En Venezuela a pesar de que existía una motivación por recuperar los documentos históricos desde los tiempos de Antonio Guzmán Blanco, siempre hubo un descuido hacia la documentación histórica. A partir de 1960, digamos después de la caída de Pérez Jiménez, surgió una preocupación importante de los medios académicos más significativos del país, y de algunos intelectuales, por conservar la memoria histórica de Venezuela. Eso ha permitido la aparición de nuevos archivos, que se estén decretando archivos históricos en los estados, y que se recuperen algunos archivos que estaban absolutamente descuidados. Lo que siento es que hoy en día hay una gran preocupación por recuperar los archivos, y que ésta obedece al desarrollo que están tomando los estudios históricos, y sobre todo al desarrollo que han alcanzado los estudios de archivología. Hay una generación de archivólogos, muchachos universitarios con formación profesional muy cuidada, y esa gente es la que ha estado motivando esta serie de protestas y declaraciones en favor de los archivos. Ahora, sin duda alguna los archivos venezolanos hoy están en mejores condiciones que hace 20 años, pero no solamente eso sino que hay más archivos, mucho más documentación a disposición de los investigadores.

La otra pregunta que me hace, que porqué razón es Mérida donde se manifiesta con mayor fuerza esa preocupación. Debo decirle que a pesar de que en Mérida no hay escuela de archivología, si encontramos una profesora que desde los años sesenta empezó a hacer investigaciones catalogando archivos. Ella hizo su doctorado en España y mientras fue docente, porque está recién jubilada, siempre tuvo esa preocupación, y por supuesto ese sentimiento se reflejó en sus alumnos, que fue lo que usted percibió en el congreso. El grupo de Mérida ya no está solo, ahora cuenta con el apoyo de el de Caracas, que es muy contundente, muy profesional, gente muy atenta a lo que es su obligación de preservar la memoria del país.

J.N.G.- Por último, y agradeciéndole todas sus atenciones y la posibilidad que nos dio de hacerle esta entrevista, quisiéramos que nos diera su punto de vista en relación a los retos que deberá

enfrentar la persona que se dedique a la historia regional en Venezuela.

A.M.- A mí me parece que los historiadores regionales y locales, tenemos como reto inmediato recuperar archivos que están en depósito, y en segundo lugar enfrentar las investigaciones locales y regionales cada vez con mayor rigor. En este sentido los que nos dedicamos a la historia regional o local estamos obligados a procurar una depuración cada vez más exquisita, cada vez más cuidada del trabajo que se debe hacer en el campo de la investigación científica; es decir, debemos detener a los charlatanes, los gambusinos, los aficionados, y propiciar y estimular una investigación científica; una investigación que realmente le ofrezca al hombre el camino del futuro. Esa es una primera reflexión.

Una segunda reflexión es que hay que apoyar cada vez más la celebración de estos encuentros; los coloquios se celebraban anualmente, ahora con los congresos nos reunimos cada dos años. Pero en estos dos años vamos a propiciar jornadas, encuentros, simposios especializados a fin de mantenernos vinculados. En ese sentido quiero por intermedio de ustedes, por intermedio de esa gran revista que es *Tzintzun*, hacerles llegar a todos los historiadores mexicanos una invitación para que participen en nuestro próximo congreso, que será en octubre de 1994. Por supuesto que les haremos llegar las invitaciones personales en los próximos meses, pero desde una vez los invitamos porque creo que la mejor manera de garantizar un buen resultado; el mejor camino es intercambiando nuestras experiencias con las que tienen los historiadores mexicanos. En México abrevamos para iniciar nuestros estudios de historia local y regional.